

del noveno capítulo consagra a poner de manifiesto el contraste de nuevos días en que «se han olvidado la disciplina estoica y el renunciamiento cristiano», y en que parece haber desaparecido aquel «afán por la cultura del alma que nos han revelado esos filósofos», entre los cuales «Sócrates se levantará como una divinidad tutelar y perdurable, como un centinela eterno de la conciencia cívica». El conocimiento de tales hombres como guías de la humanidad, el conocimiento de la sofrosine, de la ataraxia, de la autarquía, no es, sin embargo, suficiente; es preciso agregar, nos dice: «la contemplación filosófica, virtud cardinal para Aristóteles.» El fin de conseguir hacer por tales medios de cada hombre «una fortaleza inexpugnable» es, por otra parte, la gran lección que se aprende leyendo esta hermosa obra tan llena de enseñanzas y de sugerencias para el espíritu que busca la verdad y aspira a perfeccionarse en el conocimiento de sí mismo.

(De la *Revista del Círculo de Altos Estudios de Rosario*. República Argentina, mayo de 1937).



<https://doi.org/10.29393/At143-108RTTR10108>

TRÓPICO, por *Fermín Estrella Gutiérrez*.

Fermín Estrella Gutiérrez es uno de los valores auténticos de la nueva literatura argentina. Su temperamento, vigoroso y fino a la vez, se ha ejercitado con igual éxito en el cuento, la poesía, el ensayo crítico o la novela. En todas sus actividades artísticas evidencia una veta cardinal: la creación. Es, por eso, un espíritu esencialmente poético, tan rico para la imagen de pura naturaleza como para la alta creación en que son menester otras materias espirituales. Lo que más le caracteriza, por esa modalidad, es que siempre hace poesía; hasta cuando trabaja en planos de intervención razonativa, su vigor lírico desplaza las

demás formas para entregarse casi exclusivamente a su deleite principal.

En 1924 se lanzó al juicio público con «El cántaro de plata». Un libro de poemas claros y seguros. La línea de su estilo era impecable dentro de las formas tradicionales. Obtuvo un premio de la Municipalidad de Buenos Aires.

En 1925 y 1927 publicó dos libros más de versos: «Canciones de la tarde» y «La ofrenda». En ambos afinó su modalidad amorosa y ese rico fondo de elegancia espiritual. El poeta sufre y ama y, bajo tan mágicas saturaciones de su corazón, la ternura crece como un árbol cargado de pájaros y flores.

Vienen luego dos años de intensa transformación. Recorre la mayor parte de Europa y se lanza por el mundo persiguiendo nuevas formas de emoción y belleza. Su estada en España le sacude, le influye en una nueva visión de la poesía. Es así como da, después de un tenaz trabajo de depuración, un libro que le destaca como un hondo poeta de habla castellana. El título de esa nueva obra sugiere su contenido: «Los caminos del mundo». El poeta ha padecido una verdadera transfiguración espiritual; sus modos poéticos nacen cargados de tan lúcida conquista. Lo esencial de esta obra es su pureza creadora. El artista es ya dueño completo de los materiales con que trabaja. Lo es también del vasto mundo de su angustia metafísica. Para no perder una sola de sus vibraciones, adiestra en bloque sus profundas inquietudes y las transparenta en imágenes de verdadera emoción lírica.

Un opúsculo que publica el año 1931 ajusta sus nuevas modalidades y abre definitivamente su espíritu a la gran posesión de la verdadera poesía. «La niña de la rosa» es, sin disputa, un conjunto de poemas de realización completa. El artista se ha convertido en artífice; no porque cincele con formas marmóreas sus creaciones, sino porque logra darles perspectivas y realidades intrínsecas, de alto valor lírico. De toda su labor poética según mi gusto personal, este opúsculo y «Los caminos del mundo» contienen lo mejor de su espíritu poético.

Tiene una vastísima obra en prosa, de la cual conviene mencionar sus cuentos. He aquí algunos títulos de sus libros en ese género: «Desamparados», «El ídolo y otros cuentos», «El río», «Un film europeo» y «El ladrón y la selva». Este último contiene obras de rica contextura poética. Es siempre el poeta que relata, que descorre, que vuela, aunque, para hacerlo, deba atravesar peligrosos dédalos psicológicos. Su prosa, firme y dulce, completa el valor evocativo de las surgencias poéticas.

Ahora acaba de entregar al público «Trópico», que lleva un subtítulo de «novela». ¿Qué se propone el autor en esta obra? Desde un plano común, nada, casi nada. Los planos, con cierta técnica de velocidad cinematográfica, se entrecruzan y danzan en mundos de naturaleza arbitraria. «Trópico», así, participa de goces y dolores que el destino creador arroja dentro de la vida. Fácil es constatar, desde los primeros capítulos, que se trata de una obra de estructura modernísima. Es la propia emoción del autor que va, en virtud de una evocación de lo vivido, dándole vigor e intensidad viviente. Para lograr esa emanación subjetiva de la vida real, suprime el tiempo por medio del soliloquio. El autor se expone a la «soledad poblada de sí mismo», que es una manera heroica de conllevar y reconquistar. El «sí mismo» en este libro alcanza un dichoso desdoblamiento: ella. Es del «tú» de que se trata esencialmente. Cuando un alma amorosa se supera en la inmensidad del pronombre, nada ni nadie puede ya subvertir sus derechos a ponerle nombre total a la dicha. Esa atracción amorosa consigue cobrar palmo a palmo sus pormenores terrestres. DEL alma no se deja comprender sino por cierta destreza de adivinación. Cuanto más la conquista, más se aclara la ternura.

- Lo primero que llama la atención en esta obra es que se hace presente nuevamente el poeta. Un poeta con recursos poderosos de creación. Cada artista tiene su felicidad, que unas veces suele alimentarse de raíces y otras de atmósferas limpiísimas. Los hay que se nutren de ambas cosas, porque lo mismo poseen

la elevación de lo alto que la capacidad del subsuelo. Estrella Gutiérrez emplea sus fuerzas, no en excitar o quebrantar, sino en facilitar el vuelo y crear lucidez. Tiene, eso sí, esa tentación de la fugacidad, que en el mal artista termina por convertirse en despeñadero. Y tal vez esta obra revele esa flexibilidad alada de exponerse a riesgos sin número y salvarlos por el goce estético de percibir la firmeza del corazón.

Es curiosa la obligación que el escritor impone al lector en «Trópico». ¿En qué consiste? En que no puede dejarle solo, una vez que ha trabado conocimiento con sus delicias. Sin duda cuesta saber acerca de qué arbitrariedades del destino el artista se impone silencio. Eso mismo le da doble encanto a la novela, porque enriquece cada período con anécdotas tan afinadas que, a fuerza de escurrirse, se transfiguran en imágenes; inmediatamente después da amplitud a éstas y las transporta al plano de nuevas anécdotas. Con ello traza tan ricos círculos que nada puede quedar fuera de la ternura del poeta.

Es preciso recordar el ensayo famoso de Emerson, titulado «Los círculos». Hay allí tanta exactitud de proporciones espirituales, dentro de una alta tensión del sentimiento, que el espíritu se desnuda en demanda de su propia plenitud. Sin esa identificación de su naturaleza esencial nada puede adquirir el valor del sentido. El hombre no es él mismo sino en la medida como consigue poseerse profundamente. Poco importa que sea por los caminos del amor o del dolor. El final es de tanta complejidad y, a la vez, de tanta concentración coordinadora, que el ser puede gozar en un instante de unidad de todos los capítulos dispersos de su vida. Por ese goce se da cuenta que la geometría universal no es sino una evidencia íntima de círculos inacabables. El límite no es sino un comienzo que necesita circundarse para crecer; de la misma manera el ojo y la voluntad y el sentimiento y el dolor y la naturaleza, y el destino. Todo se liberta por su autonomía cósmica de círculos, que de más en más va fecundando nuevos círculos y nuevas armonías. El término—la so-

berrerrealidad—es el supremo coraje que exige una profunda responsabilidad.

Pues bien; de esa materia estética—no metafísica—parece nutrirse «Trópico». La ternura es también una ley profunda y dulce de los «círculos». Es la propia imagen que crece y, por emanaciones atormentadas o invisibles, se riza conforme al aire que respira el corazón; de tal suerte que todo al fin no ha existido sino para la felicidad largamente anhelada. Puede argumentarse que esa felicidad es sólo estética. Bien. Mas sin ella, ¿qué queda de nuestro pobre desasosiego? La vida no es sino lo que resolvemos hacer de ella; de ahí que aparezca, para quien aspira a penetrarla de verdad, una «creación» en el sentido total de la palabra. Sin ese aliento poderoso y riesgoso poco logra de sí mismo el hombre. Un simple vistazo a toda la historia del heroísmo del espíritu nos confirma totalmente en tal realidad. El hombre «es» porque se apodera conscientemente de su profundidad, poco importa que provenga de fuentes estéticas o vitales. En cuanto se aparta de ese destino o permite que se le desvíe, queda mutilado, deja de identificarse con lo auténticamente suyo.

En arte—por más que se crea herejía—no existe otro camino de liberación. Y el arte es, sin duda, la insubstituible y poderosa liberación que necesita toda criatura. Si el artista no ordena las materias de su propia superación, suprime de su manera creadora lo mejor de su destino. Es decir, se desliga de la conexión cósmica por virtud de la cual lo ardiente y urgente de la vida tiene necesidad de nuevas realidades. El ideal del Renacimiento era en el fondo este: «Sé tú mismo». El mismo ideal de la antigüedad clásica. Basta comprobarlo con un verso de Píndaro: «Sé lo que eres». Es así como nace el arte de honda raigambre humana. Es así como el arte tiene las tensiones y las evocaciones de la personalidad, que no es un desfile de exteriores, sino la contención de lo que «es». Para lograrlo puede bastar un trozo de madera o algunos capítulos de novela. Lo

fundamental es que el artista sepa colocarse dentro del oleaje de su gracia, es decir, que ponga en «hervor» su propia profundidad. Desde ahí cuanto haga traerá un designio nuevo, porque se nutrirá de las materias de su propia sangre.

«Trópico» tiene ese dulzor de la pulpa interior. El poeta ha sabido poner en libertad sus mejores potencias de artista subjetivo, dejando que el lenguaje cumpla con una alta función de humanizar el sentimiento. El amor, que se entrega contadas veces en una vida, corre en este libro como un chorro bienhechor. Es lo misterioso y tremendo del propio corazón que sale a explorar las cosas del mundo y retorna cargado de ansias nuevas y perdones infinitos. Conforme crece esa angustia de dar, la vida se ensancha, cobra valores y perspectivas infinitas. Y desde entonces toda agonía proyecta una sucesión gozosa de luz, porque lo mismo trabaja para un designio impenetrable que se encorva sobre la pobre entraña sangrante del hombre.

Fermín Estrella Gutiérrez ha logrado madurar esa fuerza sutil y dramática. Su obra la transparenta a través de emocionados cambiantes. Por toda ella cruza un pulso de hombre vivo que se ha propuesto enderezar lo mejor de su ser a fin de enaltecer el destino del arte.—RICARDO TUDELA.

HORIZONTE DESPIERTO, poemas de Gerardo Seguel

Fué en *Dos campanarios a la orilla del cielo*, su segundo libro en el que Gerardo Seguel fijó nítidamente su temperamento, desprendiéndose del círculo de adolescentes influencias. Apareció su condición lírica independizada y su autonomía débil y tranquila enderezó sus filamentos sosteniendo una atmósfera de personal significación. Poemario breve en que la vaguedad del sentimiento apuntaba su perfil movedizo en versos de conseguida transparencia y de metáforas discretas y crepusculares. «No

sé cantar con palabras de sol», exclamaba con tristeza encogida. En este sentido, su postura frente al poema permanecía en su inicial dolencia melancólica que era la nota dominante de su *Hombre de Otoño*. Palabras suaves, escogidas con reconcentrada ternura, envolvían una fina intención sensitiva o más bien acentuaban la capacidad sensorial de Seguel, revelaba higiénicamente o sea, hasta el exacto límite de la expresión hallada. Firme el instrumento húmedo de su canto, notas llovidas y amarillas cristalizaban el sueño o la desesperanza. Era tenue la experiencia recogida de su ritmo, pero penetraba con seguridad su dulzura elemental y cierta. Sugestivo, su presencia delicada habría la certidumbre de una voz adulta y sobria. Porque la sobriedad y su facultad deterativa controlaban su verso. Virtud interior que le impedía la dispersión y el acento inútil y complementario. Sin comentar el poema, sin extenderlo por oficio. Sólo en su medida urgente para vivir como poema. Afuera la estridencia y el humorismo, sin viabilidad lo objetivo como elemento de decoración; sí, en su suceso relacionador para completar el volumen del canto.

«A la orilla de tu mirada tiemblan árboles pequeños» o «miro tus ojos para saber si está lloviendo», decía blandamente. Porque existía blandura, levedad, no porque dejara de ser intenso sino que la fuerza interna se equilibraba, adquiriendo una tonalidad afortunada y sostenida, sin excursiones inarmónicas. Su serenidad no hacía caber en su latido la exaltación robusta y deportiva, la fuerza espectacular o el quejido lamentable. La tristeza alcanzaba una dignidad de varón contenido. Nunca partía el sollozo su uña sobrecogedora, ni se quebraba en metales quemantes. Algo subterráneo que sentíase vivir en la superficie de las palabras, en sus espacios de tan seguro idioma, fluía como la delgada presencia de la leche. Intimidad sin violencia, queja sin grito, pena a la sordina.

Su último libro, *Horizonte despierto* (1) contiene esencial-

(1) Editorial Panorama.—Santiago.